

EL HOMBRE DIFERIDO

Eric Brown

De manera similar a lo hecho en su obra por Cordwainer Smith, autor al que dedicamos este número, Eric Brown (Inglaterra, 1960) ha creado —diferenciándose de lo que suelen hacer gran parte de los autores de CF— sus propios elementos "de soporte" del entorno. Damos un ejemplo: el grueso de los autores de CF suele tomar el hiperespacio (cuya idea no crearon y muchas veces ni siquiera describieron) como elemento conocido y reconocido: simplemente lo usan. Smith no hizo eso. Sus medios de traslación en distancias interestelares fueron desde las naves que se deslizaban dolorosamente por el espacio común, el "Arriba-Afuera", a las misteriosas "planoformas", prácticamente instantáneas y aparentemente con alguna impulsión extradimensional. También habló del descubrimiento de cierto poder mental capaz de llevar a una persona desnuda por el "espacio tres", una entidad tan maravillosa como interesante. Eric Brown, de manera similar, coloca sus historias en un universo futuro en el cual se ha hallado el Nada-Continuum, un entorno hiperespacial que permite que las naves sean impulsadas por el poder de la mente de los "enginemen", o maquinistas, personajes muy especiales que recuerdan a los "observadores" de Smith. Su obra trae la nueva perspectiva de los autores de los 90, con futuros de superinformación y cambios de bioingeniería. Sus relatos más importantes fueron reunidos en la antología *The Timelapsed Man* (1990), que lleva (obviamente) el nombre del cuento que rescatamos aquí. Su primera novela fue *Meridan Days* (1992), un casamiento entre un complejo futuro al estilo de Cordwainer Smith y el realismo crudo del movimiento cyberpunk. Y ahora pasemos al cuento, que se lo merece...

Thom no fue inmediatamente consciente del silencio.

Mientras yacía en el tanque y contemplaba elevarse la tapa de cristal que lo cubría, seguía intentando recuperar en alguna medida la unificación que había logrado durante los tres meses de fusión. Durante todo ese tiempo —aunque a Thom le hubiera parecido un período atemporal— había accionado mentalmente su navío entre las estrellas: durante todo ese tiempo había sido uno con la vastedad de la Nada-Continuum.

Como siempre que emergía de la fusión, Thom percibió el elusivo residuo de esa unión en algún sitio dentro de sí. Como siempre, intentó recuperarlo y fracasó: fue disminuyendo como un obsesivo eco en el interior de su mente. Recién dentro de tres meses, en su próximo turno, podría reanudar su galanteo con el infinito. Hasta entonces su vida consciente comprendería una serie de acontecimientos inconclusos, una sucesión de piezas de decorado presentando a un actor cuyos pensamientos estaban en otro sitio. Ocasionalmente, durante sus sueños, se le concederían momentos íntimos de éxtasis que le serían arrebatados al despertar.

Algunos Maquinistas que conocía, en realidad la mayoría de los que provenían de Oriente, adherían a la creencia de que en la fusión se les concedía un goce anticipado

del Nirvana. El pragmatismo occidental de Thom le impedía aceptar esa explicación. Él favorecía un razonamiento psicológico, aunque en el período inmediatamente posterior

a la fusión le resultaba difícil definir exactamente una base materialista para el éxtasis que había experimentado.

Salió con cuidado y cruzó la estancia. Fue entonces cuando notó la ausencia de sonidos: tendría que haber oído el sordo zumbido de los generadores auxiliares, e igualmente sus propios pasos y su laboriosa respiración después de tan largo período sin ejercicio. Golpeó el mamparo. Entró en la ducha y abrió el chorro de agua. Dejó escapar un sonido de placer mientras el agua caliente le agujoneaba la piel cansada. Pero aún no oía nada. El silencio era el más absoluto que hubiera experimentado.

Se dijo que sin duda era un efecto colateral de la fusión. Después de más de cincuenta turnos, toda una vida entre las estrellas, éste era su primer problema de rehabilitación y no se sentía indebidamente preocupado. Si su audición no volvía, se haría revisar.

Se puso bajo el secador, se caló el uniforme y abandonó la estancia. Vio las luces del

espaciouerto a través del visor del salón de estar. Sintió un vibrante sacudón cuando la red estática sujetó la nave y la hizo descender. Echó de menos el sonido decreciente de los postquemadores, el chillido de cien neumáticos sobre el alquitrán. La terminal con forma de zigurat asomó ante su vista. La nave fue deteniéndose. Por encima del visor latía una faja de luz roja, ratificando el desembarque. Debió de haber sido acompañada por una voz dando la bienvenida a la Tierra al personal de la nave, pero Thom no oyó nada.

Como siempre, fue el primero en abandonar la nave. Pasó por los controles ofreciendo su tarjeta a una sucesión de aburridos oficiales portuarios. Normalmente habría esperado a los demás para ir a beber algo, siempre había un bar abierto en algún sitio, aunque fuera temprano. Prefería pasar el tiempo libre con otros Maquinistas, pilotos y mecánicos, como si la compañía de sus colegas pudiera acercarlo a aquello que más echaba en falta. Esta vez, sin embargo, dejó el puente y tomó un volador a la ciudad. Buscaría la asistencia médica que necesitaba a su debido tiempo, no a instancias de sus solícitos compañeros.

Comunicó su destino al conductor: incapaz de oír su propia voz, volvió a mover los labios. El conductor asintió; aceleró. El volador fue virando entre las torres, cuyas luces pasaban parpadeando con precipitación hipnótica.

Descendieron en la pista de su pabellón. Thom se apeó y tomó el conducto ascensor hasta su penthouse. Era la primera vez en años que llegaba sobrio a casa. El alcohol lo ayudaba a mitigar el dolor de la pérdida; sobrio, era espantosamente consciente de sus posesiones materiales, que era un remedo de su mortalidad y su dependencia de ellas. La suite podría haber sido descrita como lujosa, pero la vocinglera utilidad del mobiliario lo llenó de náusea.

Se sirvió un escocés y se detuvo junto al piano. Tecleó las notas iniciales de la Sympathique de Beethoven. Se sentó en la reposera junto al ventanal y se quedó

mirando hacia afuera. Sin la reconfortante oscuridad de la habitación, con las luces de la ciudad alineadas por debajo, podía hacer de cuenta que estaba nuevamente a bordo de su nave, bajando para aterrizar.

Desde luego que, si su audición nunca retornaba...

Se percató de que estaba sudando ante la idea de no poder volver nunca a la fusión. Se preguntó si sería capaz de disimular hasta el próximo turno...

Estaba por el segundo vaso, veinte minutos después, cuando un sonido lo sobrecogió. Sonrió para sí, brindó con su reflejo en la ventana. Habló... pero no pudo oír sus palabras.

Oyó otro sonido y se le revolvió el estómago con enfermante confusión. Gritó... en silencio. Y sin embargo oyó algo.

Oyó pasos y respiración, y luego un resonante "clang". Después oyó el siseo del agua

caliente a alta presión y una exclamación de placer. Su propia exclamación... Oyó el rugido del secador; luego, el susurro de la tela contra su piel; el rápido desplazamiento de la puerta corrediza y el sonido decreciente de los postquemadores deteniéndose.

Thom se obligó a decir algo, a hacer un comentario y, de algún modo, poner fin a esta

locura. Pero su voz no produjo sonido alguno. Arrojó el vaso contra la pared y éste se hizo añicos en silencio.

A continuación volvió a escuchar pasos, sus propios pasos. Éstos recorrieron el tubo conector entre la nave y el edificio de la terminal; oyó los cansados reconocimientos de los oficiales portuarios y luego el alboroto del atestado recibidor.

Permaneció sentado, rígido de miedo, escuchando lo que con todo derecho tendría que haber oído hacía una hora.

Oyó la pregunta del conductor; después, su propia voz: comunicó su destino con voz de borracho, luego lo repitió. Oyó el gemido de los tubos y más adelante la apertura de la portezuela; después más pasos y el ruido del conducto ascensor...

Entonces hubo un silencio. Se retrotrajo a una hora antes y recordó que se había detenido un momento en el umbral, contemplando la habitación a la que llamaba hogar y sintiéndose asqueado. Hasta pudo percibir el sonido de su propia respiración, el distante ronroneo de la ciudad.

Después, las suaves notas de la *Symphonique* de Beethoven.

El tintineo de vidrio contra vidrio.

Permaneció en la reposera, incapaz de moverse, escuchando el sonido de su respiración diferida, oyéndose beber cuando no estaba bebiendo...

Más tarde oyó su demorada exclamación y el estallido del vaso contra la pared.

Se levantó de golpe y avanzó tropezando hasta la videopantalla. Dudó, con la mano apoyada en las teclas. Tenía intenciones de contactarse con el médico de la compañía pero, casi contra su voluntad, se encontró marcando el código que tan a menudo había

utilizado en el pasado.

Ella tardaba mucho en contestar. Miró su reloj. Todavía era temprano, ni siquiera eran las siete. Estaba a punto de abandonar cuando la pantalla cobró vida con un destello. Luego se encontró mirando a Caroline Da Silva, cinco años mayor, pero igual de atractiva a como la recordaba.

Ella se lo quedó mirando incrédula, cerrándose el salto de cama hasta el cuello.

Después sus labios se movieron con obvia furia, pero Thom no oyó nada, o mejor dicho oyó el sonido de él mismo tragando escocés una hora atrás.

Temió que ella cortara la conexión. Se inclinó hacia adelante y articuló lo que esperaba fueran las palabras "Te necesito, Carrie. Estoy enfermo. No oigo, por eso..."

Se interrumpió, inseguro de cómo continuar.

La expresión hostil de ella se alteró; todavía parecía a la defensiva, pero había un aire de preocupación también. Movié los labios y luego recordó y usó el dispositivo para sordos. Tecléó: "¿Tienes la audición demorada, Max?"

Él asintió.

Ella tecléó: "Ven a mi consultorio dentro de una hora".

Se miraron por un largo momento, como para ver quién demostraría ser más fuerte y

cortaría primero.

Thom gritó: —¿Qué demonios me pasa, Carrie? ¿Es grave?

Ella respondió, olvidando teclear. Movié los labios contestando a la pregunta con palabras silenciosas.

Con pánico, Thom gritó:

—¿Qué diablos quieres decir?

Pero Caroline había cortado la comunicación.

Thom regresó a la reposera. Reflexionó en que había una cierta justicia en la forma en

que le había cortado. Hacía cinco años, su comunicación final había sido por videopantalla. Entonces había sido Thom el que había interrumpido la conexión, separándola efectivamente de su vida, implicando sin decirlo expresamente que ella no

podía competir con lo que él había encontrado en la fusión.

La pregunta de Caroline sobre el retardo temporal sugería que ella sabía algo sobre su condición. Se preguntó, presumiendo que su enfermedad fuera un efecto colateral de la fusión, si ella se habría percatado de lo irónico de su pedido de auxilio.

Una hora después, Thom abordaba un volador. Borracho e incapaz de oír sus propias palabras, había tenido la precaución de escribir en una tarjeta la dirección del hospital. Se la entregó al conductor y mientras el volador despegaba Thom se hundió en el asiento. Cerró los ojos.

Auditivamente estaba en el pasado, experimentando los sonidos de su vida que tenían una hora de antigüedad. Se oyó abandonar la reposera, cruzar la estancia y tipear el código en el techo. Después de un rato, oyó el crujir de la pantalla y a Caroline diciendo "Doctora Da Silva...", seguido por un jadeo de sorpresa.

"Te necesito, Carrie. Estoy enfermo. No oigo, por eso...". Thom sintió vergüenza al oír lo patético que había sonado.

Luego oyó la réplica hablada de Caroline, como diciéndosela a sí misma antes de que recapacitara y utilizara el teclado para preguntarle si tenía la audición demorada. "El síndrome de Black", había dicho. Ahora, en el volador, el estómago de Thom dio un vuelco. No tenía idea de lo que era el síndrome de Black, pero el nombre lo asustaba.

Entonces oyó a su propio yo de hacía una hora decir "¿Qué demonios me pasa, Carrie? ¿Es grave?". Las palabras salieron arrastradas, pero Caroline las había comprendido.

Contestó con sus propias palabras: "Me temo que es grave, Max. Ven para aquí en una hora, ¿está bien?"

Y había cortado la comunicación.

El consultorio de Caroline Da Silva formaba parte de un gran complejo hospitalario que daba a la bahía. Thom descendió del volador en la playa de aterrizaje y, vacilante, se dirigió al ala oeste. En sus oídos sonaba el ruido de la ciudad, como lo escuchara desde su departamento.

Circuló cuidadosamente por los interminables corredores. Si hubiera sentido menos aprensión por lo que podía estar sucediéndole y por encontrarse nuevamente con Caroline después de tanto tiempo, podría haber disfrutado de la extraña sensación de ver una cosa y oír otra. Era como mirar una película con la banda de sonido equivocada. Encontró una puerta marcada "Dra. Da Silva", golpeó y entró. La primera persona que vio fue a Caroline. Por un segundo se preguntó cómo la fusión había sido capaz de alejarlo de ella, pero sólo por un segundo. Caroline era muy atractiva, con el tranquilo rostro oval de una *ballerina*, con la misma postura llena de gracia; también era cuidadosa, e inteligente, pero el mismo hecho de su presencia física le hablaba a Thom

de la manifiesta falta de permanencia de todo lo físico. La fusión prometía, y entregaba, períodos de gloriosa desencarnación.

Sólo entonces Thom advirtió la presencia de los demás ocupantes del cuarto. Reconoció a los dos hombres que estaban tras el escritorio. Uno era su médico en la Línea y el otro su comandante. Su presencia aquí sugería que no todo estaba bien. La forma en que lo observaban, con miradas directas y vacías de emoción, lo confirmaba.

Una combinación de borrachera, conmoción y miedo lo arrastró a la inconsciencia.

Despertó en la cama de una habitación blanca. A su derecha, la puerta de vidrio daba a un balcón y todo lo que se veía más allá era un cielo celeste brillante. En la pared opuesta había una pantalla rectangular, opaca para él, pero transparente para los observadores de la habitación contigua.

Tenía la cabeza y el pecho cubiertos de electrodos. Oía el susurro de los turbos del volador que lo había traído al hospital. Se sentó y gritó lo que esperaba fuese "¡Caroline! ¡Carrie!". Se recostó, frustrado. Vio pasar una hora en el reloj de la pared, oyendo descender el volador y sus propios pasos mientras el Thom de hacía una hora se aproximaba al hospital. Se preguntó si estaba siendo observado por la falsa ventana. Se sentía enjaulado.

Miró el cielo a través de la puerta ventana. En la distancia, vio que una nave trepaba en empinado gradiente. Se oyó abriendo la puerta del consultorio y la voz de Caroline. "Ah... Max."

Luego —inesperadamente, aunque debió de haber estado prevenido— silencio. Era el período durante el cual había estado inconsciente. Volvió a echar un vistazo al cielo, pero la nave había cambiado de fase y ya no era visible.

Thom trató de no pensar en su futuro.

Caroline llegó treinta minutos después. Traía un anotador y una pluma. Se sentó junto a la cama en la silla de plástico, con el anotador en el regazo. Trató de ocultar su preocupación con sonrisas, pero Thom advirtió las lágrimas recientemente enjugadas, la evidencia del maquillaje estropeado. Lo había visto muchas veces antes.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí? —preguntó.

Caroline se mordió el labio inferior, evitando mirarlo. Comenzó a hablar y luego se detuvo. Escribió en el anotador y sostuvo en alto el producto terminado:

"Una o dos semanas, Max. Queremos hacerte unos estudios".

Thom sonrió. —¿Qué es exactamente este Síndrome de Black? —preguntó, con lo que esperaba fuera el tono adecuado de sarcasmo malicioso.

Le agradó la expresión conmocionada de Caroline.

"¿Cómo sabes eso?", garrapateó.

—¿Saber qué?

"Sobre el Síndrome de Black."

—Lo mencionaste en la videopantalla —le dijo Thom—. No te oí hasta estar camino aquí... Bueno, ¿qué es, Carrie?

Ella esperó. Luego comenzó a escribir. Thom leyó al revés: "Black. Maquinista de la línea Taurus, más allá de Varanasi. Después de cincuenta turnos desarrolló un agudo retardo sensorial. Es una dolencia que ataca a uno entre mil, Max. No sabemos exactamente qué la ocasiona, pero sospechamos que es una disfunción de los conductos del tanque, que retarda la actividad interneuronal".

Hizo una pausa, luego sostuvo en alto el mensaje.

Thom asintió. —Ya lo leí. ¿Y entonces...?

Ella dio vuelta la hoja, con la pluma inmóvil.

—¿Cuanto duró? —preguntó Thom con amargura—. ¿Cuándo murió el pobre bastardo?

Rápidamente, ella escribió: "Aún está vivo, Max".

Thom estaba sorprendido, aliviado. Si el alcance total del Síndrome de Black era su estado actual ¿qué iba a impedirle volver a fusionarse?

Dudó ante las lágrimas de Caroline. Si su dolencia era de tan poca importancia, ¿a qué venía la tristeza?

Luego se le ocurrió que entendía.

—¿Cuándo puedo marcharme, Carrie? ¿Cuándo puedo regresar a la fusión?

Se quedó observando el anotador, esperando una respuesta. Cuando levantó la vista vio que Caroline lloraba, esta vez abiertamente.

Rió. —Pensaste que me habías atrapado, ¿verdad? Desvinculado de la Línea, tu propio inválido que cuidar y consentir. No so— portas la idea de que me recupere y me fusione de nuevo, ¿no es cierto?

A pesar de las lágrimas, ella escribió, cubriendo página tras página con garabatos rápidos y demasiado grandes.

Cuando Llegó al final, clavó la pluma imprimiendo un punto malicioso, arrancó las hojas y se las arrojó. Salió corriendo de la habitación, tumbando la silla al pasar. Thom la observó mientras un repentino sentimiento de culpa le abría un hueco en el pecho. Su mirada cayó sobre las páginas arrugadas. Las levantó y leyó: "Retardo sensorial *agudo*. No sólo la audición. Todo. En unos días tus sentidos del gusto y el olfato estarán igual. Después la vista. Únicamente el sentido del tacto te quedará en el 'presente'. Todo lo demás estará diferido..."

Continuaba así unas páginas más, al tiempo que la caligrafía se ponía cada vez más errática. La mayor parte reiteraba los pocos hechos conocidos y las observaciones

de Caroline sobre la declinación de Black. En la última página había escrito sencillamente: "Yo te amaba, Max". Thorn alisó las hojas sobre su regazo.

Llamó a Caroline una y otra vez, pero si ella lo oyó lo ignoró.

Quería disculparse, preguntarle qué podía pasarle. Trató de avizorar la sensación de tener todos los sentidos retardados excepto el del tacto, pero la tarea estaba más allá de su poder de percepción.

Se recostó y cerró los ojos. Más tarde, quedó perplejo ante el sonido de su propia voz, de sus crueles preguntas. Oyó los entrecortados sollozos de Caroline, el chirriar de la pluma, un "Yo te amaba..." murmurado para acompañar la aseveración escrita. La oyó salir corriendo, llorando, del cuarto; la silla al tumbarse, la puerta al cerrarse de golpe.

Entonces no oyó más que el sonido de su propia respiración y los ruidos sordos y rutinarios del hospital. Por primera vez en varias horas, los sonidos que oía estaba sincronizados con lo que estaba viendo.

Se durmió.

En la mañana del tercer día de internación sus sentidos del gusto y el olfato siguieron el mismo camino que la audición. Este retardo adicional borró toda esperanza que pudiera haber tenido de que el diagnóstico de Caroline hubiera estado equivocado.

No la había visto desde su apresurada partida del primer día. Lo habían examinado y revisado integrantes del cuerpo médico que llevaban a cabo sus tareas en silencio, como si estuvieran enterados de su explosión ante Caroline y lo estuvieran censurando por ello. La tercera mañana de internación, una enfermera negra le trajo el desayuno.

Comenzó a comer y pronto se percató de que no podía ni degustar ni oler el tocino y los huevos, ni el café, negro y sin duda fuerte.

Finalizó su comida. Contempló a la enfermera regresar y retirar la bandeja, se hundió en la cama y esperó.

Dos horas después oyó el sonido de un carrito que rodaba, el repiqueteo del cuchillo y el tenedor. Segundos más tarde, el sabor del tocino y después el de la yema de huevo colmaron su boca. Inhaló el aroma del café, sintió su sabor en la lengua. Cerró los ojos y paladeó la sensación. Fue el único efecto placentero de este extraño malestar que había sentido hasta ahora.

Luego se incorporó, al caer en la cuenta. ¡Dos horas! ¡El retardo entre la ingestión del

alimento y su degustación había sido de dos horas! Igual que el sonido de la llegada de la enfermera.

Si su oído, gusto y olfato se retardaba a razón de dos horas cada tres días... ¿cómo sería entonces dentro de, digamos, una semana, un mes o un año?

¿Y la vista? ¿Cómo soportaría ver algo ocurrido horas, días y hasta semanas atrás? Resolvió averiguar qué había sucedido con Black, cómo se las estaba arreglando. Se sentó y llamó a Caroline.

Pasaron tres días y Caroline no apareció.

Thom fue atendido por un eficiente pelotón de médicos. Parecían apresurarse en realizar sus tareas con una indiferencia despreocupada, como si él hubiera dejado de existir, o como si supiesen que todos sus sentidos se habían retardado a tal punto que existía únicamente aislado en una burbuja. En más de una ocasión les había preguntado si podría curarse, cuánto podría empeorar, qué había pasado con Black. Pero ellos usaban el hecho de que no podía oírlos inmediatamente como excusa para ignorarlo, rehuendo no sólo sus palabras sino también su mirada.

En la mañana del sexto día de internación, Thom despertó al silencio y comió su desayuno insípido. El sonido de su despertar, del hospital volviendo a la vida, y el sabor del desayuno, llegarían a él más tarde. Se preguntó si podría sincronizarse para saborear el desayuno mientras almorzaba.

Esperó, y fue cuatro horas más tarde cuando sintió el sabor de las tostadas con mermelada y oyó el sonido de su respiración al despertar.

Después, una enfermera le retiró los electrodos de la cabeza y el pecho. Abrió la puerta del balcón y le mostró una tarjeta que decía: "¿Le gustaría salir a tomar aire?"

Thom aguardó hasta que la enfermera se marchara, se calzó una bata y salió al balcón. Se sentó en una silla bajo el sol y se quedó mirando la bahía y el cielo. Hoy no había señales de actividad aeroespacial.

Se dio cuenta de que todavía tenía esperanzas de volver a fusionarse, a pesar de la gravedad de su condición. Seguramente, el estado de sus sentidos no iría en detrimento de su habilidad para el empuje mental. Ya había decidido que cuando su condición se deteriorara a tal punto que no pudiera funcionar sin ayuda, cosa que sucedería cuando estuviera afectada la vista, se ofrecería como voluntario para un turno prolongado. Podría empujar un navío hasta uno de los Mundos Anillo, pasar un año de éxtasis en fusión. Probablemente eso lo mataría, pero la perspectiva de semejante embeleso y de

un final indoloro era preferible a la vida que podía esperar aquí en la Tierra.

Caroline apareció en el borde de su campo visual. Colocó una silla junto a la suya y se sentó a su lado, con la libreta en el regazo. Parecía fresca y compuesta, olvidado el episodio del otro día.

—He estado queriendo disculparme por lo que dije, Carrie. Esperaba que me visitaras antes. —Y se maldijo por hacer que hasta su disculpa pareciera una acusación.

Caroline escribió: "Estuve con Black".

Thom, de pronto, fue consciente de los latidos de su propio corazón. —¿Cómo está?

Ella escribió: "Sólo su sentido del tacto está ahora en el presente. Todos los demás están diferidos casi en un día".

—¿Cómo lo soporta?

"No muy bien. Nunca fue muy estable. Muestra signos de psicosis. Pero tú eres mucho más fuerte, Max..."

Él la interrumpió. —¿Qué pasará cuando se retarde el sentido del tacto?

Caroline se encogió de hombros. "Aún no ha sucedido. Es difícil decirlo. En cierta forma, si ocurre, será más fácil para él, ya que todos sus sentidos estarán sincronizados en el pasado. Pero será incapaz de relacionarse con la gente, de socializar. ¿Cómo podría? Su presencia estaría subjetivamente retardada a razón de horas, días. No tendría manera de relacionarse.

—Podría fusionar —dijo Thom.

Caroline apartó la mirada. Por un momento, sus ojos ardieron de lágrimas. Luego garrapateó algo en la libreta.

"¿Lo único que te importa es la fusión?"

—Es mi vida, Carrie. La única razón por la que existo.

Ella agitó la cabeza, frustrada por este torpe medio de comunicarse. Escribió dos páginas de prolija caligrafía y se las pasó.

"Podría entender tu pasión por la fusión si pensaras que la experiencia tiene significación religiosa, que estás en contacto con el más allá. ¡Pero ni siquiera crees en eso! Para ti es sólo una droga, un orgasmo mental. Eres un adicto a la fusión, Max. Cuando me abandonaste estabas escapando de algo que emocionalmente no podías manejar porque antes nunca habías tenido que hacerlo. Durante la mayor parte de tu vida, Max, la fusión te ha provisto de un sustituto para las emociones humanas del dar y el recibir. ¡Y mira dónde has llegado!"

Thom no dijo nada. Una parte de él, alguna parte distante, enterrada y humana, quedó azorada por la precisión y la veracidad del análisis de Caroline.

—Sólo te tienes lástima porque no pudiste conservarme —dijo él débilmente, intentando defenderse.

Caroline, sencillamente, lo miró. Agitó la cabeza. Deliberadamente escribió un solo renglón. Se puso de pie y arrancó la hoja, se la entregó y se marchó.

"No siento lástima por mí, Max. Siento lástima por ti".

Thom relegó el encuentro con Caroline a un rincón de su mente. En los días subsiguientes se regodeó en la esperanza de que algún día podría volver a fusionar. Si el sentido del tacto se retardaba, como Caroline había sugerido, todos sus sentidos quedarían sincronizados y su estado se volvería considerablemente más fácil. No

podría socializar, pero eso no sería una gran pérdida. Su único deseo era reincorporarse a la Línea.

La novena mañana de internación, Thom abrió los ojos y no vio más que oscuridad. Pidió que encendieran las luces, pero en lugar de eso le dieron el desayuno en la boca. Era incapaz de decir si era Caroline quien lo estaba alimentando. No podía ver, ni oír, ni oler a la persona. Preguntó quién era, pero la única respuesta —la única posible en estas circunstancias— fue una mano amable posada en su brazo. Después de su primer desayuno en la absoluta oscuridad, se recostó y esperó.

El retardo sensorial se había extendido ahora a seis horas y esperó todo ese lapso antes de que la oscuridad cediera para dar paso a la luz solar que se colaba en la habitación. Tuvo la desconcertante experiencia de estar acostado boca arriba mientras sus ojos de seis horas antes se abrían al tiempo que el Thom-de-esta-mañana se sentaba y se preparaba para el desayuno. En su visión, la enfermera negra colocaba la bandeja y le daba de comer tocino y huevos. Thom sintió que podía extender las manos y tocar a la mujer. Lo intentó y, por supuesto, su mano no encontró nada.

No tenía control de la dirección de su mirada, por lo que sus ciegos ojos de esa mañana habían errado por todo el cuarto. Y ahora se hallaba tratando de volver su vagabunda mirada a la enferma cuando todo lo que veía era la pared de enfrente. Su visión era interrumpida por blancos frecuentes, de una fracción de segundo, que correspondían a sus parpadeos, y períodos de ceguera total, cuando había cerrado los ojos. El único beneficio del retardo visual era que ahora la vista, el oído, el gusto y el olfato estaban sincronizados. Vio que la enfermera levantaba el tenedor con huevo hasta su boca, oyó el sonido de su masticación y saboreó el alimento. Lo único que faltaba era el propio alimento: tenía la boca vacía.

—Así me gusta —dijo la enfermera, ofreciéndole la última esquina de tostada. Quería decirle que dejara de tratarlo como a un niño, pero esa era la desventaja de su condición actual: lo que experimentaba ahora había sucedido hacía seis horas. La bonita jamaicana estaría en cualquier otro sitio del hospital; el tocino y el huevo, digeridos, los sonidos y aromas, disueltos en el éter...

Durante los días subsiguientes permaneció despierto hasta la madrugada, contemplando los sucesos del día anterior. A las cuatro de la mañana descendía la oscuridad y Thom se acomodaba para dormir. Alrededor del mediodía despertaba, pasaba varias horas en la oscuridad, luego veía la salida del sol con ocho horas de retraso. Si el retardo entre suceso y percepción continuaba aumentando dos horas cada

tres días, como venía haciéndolo, Thom preveía un momento en el que pasaría más tiempo en la oscuridad que a la luz.

Podía soportarlo. En el pasado había habido más de un largo periodo, entre un turno y otro, en los que se había encerrado en su departamento, a oscuras, en compañía de la bebida y de los fugaces recuerdos de la fusión.

Pasadas casi dos semanas en el hospital, Thom comenzó a debilitarse. Atravesó períodos de náusea física y de confusión mental. Una vez alucinó que estaba fusionando nuevamente, esta vez sin la habitual euforia de la unión.

El día que siguió a esa alucinación se despertó temprano y sintió la calidez del sol en la piel. Ocho horas después vio al sol asomar sobre el mar. Le hubiera gustado contemplarlo, pero sus ojos de hacía ocho horas estaban fijos a los pies de la cama. La frecuencia de sus parpadeos le daba a la escena el aspecto de una película antigua y entrecortada. Pero al menos no era muda: oía que el hospital despertaba a su alrededor, y el distante crescendo de las toberas de una nave.

Más tarde, después de que lo hubieron alimentado con un almuerzo insípido, sintió una mano suave en el brazo. Movi6 la cabeza, como si haciéndolo pudiera ver de qui6n se trataba. Pero lo 6nico que vio fue la misma pared de hacía ocho horas, lo 6nico que oy6 fue su propia respiraci6n. Record6 la caricia de la enfermera, pero aquella haba sido ligera, plat6nica, asegurándole, como a un ni6o, que todo estaba bien. No haba nada de plat6nico en esta caricia. Mientras 6l yacía allí, indefenso, quienquiera que fuese retir6 la sabana y lo despoj6 de la camisola del hospital. Grit6 en silencio, trat6 de apartarla de su lado... a ella, porque su vacilante brazo haba rozado la suavidad de un seno. Pero no podía ver a la mujer y era incapaz de evitar la ridícula violaci6n. Sintió que un cálido y suave peso se montaba sobre 6l, los senos contra su pecho, y la sensaci6n que era como 6l la imaginaba que deba sentir quien fuera tomado por un s6cubo.

—¿Caroline? —dijo. Movi6 los brazos, en la torpe descripci6n de un abrazo, toc6 la familiar calidez de su cuerpo esbelto. Ahora estaba excitado, a pesar de sί mismo. Ella fue a su encuentro y 6l gimi6 sin sonidos, recorri6 con los dedos el pelo de ella, negro e invisible. Reconoci6 la marca de fábrika de Caroline para hacer el amor y continu6 como si nunca se hubiesen separado, y cuando lleg6 el clímax fue igual a como lo recordaba de a6os atrás: un breve éxtasis que pronto desapareci6; como un segundo de fusi6n pero

no tan placentero. A6n a pesar de las circunstancias inusuales de la uni6n, del hecho de que no podía ver a Caroline, de que la fuente de su placer parecía incorp6rea, no lleg6 a acercarse al éxtasis mayor y no lleg6 a satisfacerlo por sί misma.

El peso invisible de Caroline yacía ahora sobre 6l, satisfecha despu6s del orgasmo, que Thom haba percibido por las silenciosas contracciones de su cuerpo. Lo bes6 y 6l sintió saladas lágrimas cayéndole sobre el rostro.

—Caroline... ¿Por qué?

Los labios de Caroline se movieron contra su mejilla; sintió su aliento caliente mientras formaba las palabras. Era como ser besado por un fantasma, como ser destinatario de una silenciosa profecía.

En la calma posterior al acto, Thom comenz6 a sentir repulsi6n. La grotesca naturaleza del acto de amor le dio asco. Sintió el retorno del antiguo sentimiento de culpa que haba desterrado hacía mucho tiempo. Era como si la uni6n fuese un sίmbolo de su relaci6n hasta el día de hoy: durante a6os, Thom haba jugado a amar a alguien cuya esencia le resultaba invisible, mientras que Caroline, por su lado, haba desperdiciado la vida persiguiendo a alguien que siempre estaba en otro sitio.

Grit6 y la empuj6 de la cama. La sintió caer y casi la oy6 llorar de dolor.

—¡Fuera, Caroline! ¡Vete! —Miró hacia donde pensaba que ella debía estar, pero no podía asegurarlo—. ¡No te quiero, por el amor de Dios! Lo único que quiero...

Entonces ella lo atacó. Se le vino encima con dolorosos puñetazos y bofetadas, y sin duda con gritos y acusaciones. Thom sólo era consciente de la violencia física, de los golpes que salían sin aviso de ninguna parte. Y era consciente, también, de que merecía todo lo que estaba recibiendo.

Se tiró en la cama, golpeado y exhausto. Caroline había cesado en su ataque. Thom no tenía modo de saber si ella aún estaba en su habitación pero advertía su presencia.

—No sé por qué viniste —dijo—. No sé qué quieres de mí...

Esperó a medias otra andanada de golpes y los esquivó anticipadamente. Pero no llegó ninguno.

Cuando supuso que estaba solo atrajo hacia sí las sábanas para protegerse, se recostó y recordó las lágrimas de Caroline sobre sus mejillas.

Sólo podía haber una explicación para su visita.

Thom se sintió debilitar cada vez más durante las horas que siguieron.

Aguardó con creciente aprensión, con el cuerpo cubierto de sudor frío. Visualmente eran las cuatro de la tarde pero la hora verdadera era cercana a la medianoche. Pareció un retardo mayor que de ocho horas cuando vio a Caroline entrar en su campo

visual.

Salió de su vista rápidamente, al acercarse a un lado de la cama. Estiró la mano y le tocó el brazo y Thom esperó sentirla ahora, pero, desde luego, su contacto lo había sorprendido hacía ocho horas. Entonces Thom había girado abruptamente la cabeza y ahora veía a Caroline por completo. Tenía puesta únicamente una bata blanca, y nada debajo, y estaba llorando.

La miró mientras se desvestía y, al verla hacerlo ahora, un rubor de vergüenza y remordimiento le cubrió las mejillas. La sensación de su contacto había pasado, pero al observarla sacarse la bata y trepar sobre él experimentó un resurgir del deseo que lo había abrumado ocho horas atrás.

El Thom de ahora yacía quieto en la cama, como un voyeur instalado en la cabeza de su yo anterior. Estaba haciéndole el amor a Caroline, pero con sus recuerdos del acto físico de ocho horas de antigüedad se sentía como si estuviera mirando un videoporno. La veía, frenéticos pantallazos de carne, pelo y lengua; la oía, el perfume que usaba superado por el sudor del sexo; oía sus pequeños gemidos de placer, y repetir su nombre

mientras se acercaba al clímax.

Oyó su propia pregunta: "Caroline... ¿Por qué?"

Habían concluido el acto y ella yacía en sus brazos.

"Porque te amaba", Max, había dicho ella. "Porque aún te amo."

Él sabía qué venía después. Volvió a experimentar ese abrumador sentimiento de repulsión provocado por la culpa. Indefenso, siguió observando mientras la empujaba de la cama. "Fuera, Caroline", se oyó gritar. "¡Vete!" Vio en su rostro una expresión de dolor, la aceptación del rechazo en sus ojos; si hubiera sido posible, se habría impedido

decir lo que dijo después... ¡No te quiero, por el amor de Dios! Lo único que quiero..."

Se le vino encima y lo golpeó una y otra vez.

El Thom de ahora se apartaba como si los golpes que veía pudieran realmente infligirle dolor; levantó los brazos como para protegerse.

Caroline se echó atrás y le gritó.

Thom se oyó decir: "No sé por qué viniste... No sé qué quieres de mí..."

Caroline lloraba. "Vine porque te amaba, Max. Vine a despedirme..."

Ella bajó la vista y murmuró, más para sí misma que para Thom: "Black murió hace dos días..."

Ocho horas más tarde, Thom estaba acostado, quieto.

Se deterioró rápidamente durante los días que siguieron.

El saber de la muerte de Black le arrebató todos los motivos para luchar. En sus horas

finales experimentó una disminución gradual de los sentidos. La audición se interrumpió primero, luego el gusto y el olfato, aunque apenas advirtió su ausencia. Después, la vista fue apagándose hasta desaparecer, y fue consciente de sí mismo sólo como una pequeña y ciega inteligencia rotando en un océano infinito.

Pronto, hasta la conciencia de su yo físico disminuyó, y luego el último sentido de todos, la intuición cerebral de su propia identidad, también lo abandonó. Una euforia conocida lo inundó entonces, y el hombre que había sido Thom supo, antes de morir, que estaba siendo absorbido por esa vastedad del cosmos que hasta ahora él había conocido como la Nada-Continuum.